

hermosura cuando están convertidas en púrpura. Ahora bien, si no hubiera sido despojado, no hubiéramos conocido las virtudes y buenos hábitos del vencedor; si no hubiera sido plagado de heridas su cuerpo, no habrían refulgido los resplandores interiores; sino hubiese estado puesto en el muladar, no hubiéramos conocido sus riquezas (de paciencia). Que ni un rey sentado en el trono está tan resplandeciente, como era insigne e ilustre él en un muladar, porque cierto es que después del regio solio espera la muerte, y después de aquel muladar advino el reino de los cielos.

2. RECHAZA EL CRISÓSTOMO LOS APLAUSOS. Reflexionando, pues, en todo esto, levantémonos de esta oprimente tristeza. Porque si os presento estas historias no es para que alabéis los discursos, sino para que imitéis la virtud y la paciencia de tan esforzados varones; para que por los mismos hechos aprendáis que *de los males humanos ninguno es grave, sino el pecado*; no la pobreza, ni la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. Porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren, sólo son nombre vanos: *más la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito*. Porque pregunto yo: ¿Qué tiene de grave la muerte? ¿Acaso el enviarte antes a tranquilo puerto y a la vida aquella de paz?— Pero por más que el verdugo no mate, la misma ley natural que sigilosamente sobreviene, ¿no separará el alma y el cuerpo? Aunque no suceda ahora lo que tememos, sucederá poco después.

Y digo esto, no porque presuma alguna cosa grave o triste, Dios no la permita, sino avergonzándome por causa de los que temen la muerte. Esperando tantos bien, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en corazón humano desearlos, dime: ¿para gozarlos lo dilatas, y descuidas, y te estás pasmado y no tan sólo andas perezoso, sino que tienes miedo y horror? ¿Y cómo tú no tienes por vergonzoso el temer por causa de la muerte, cuando Pablo ha gemido por la presente vida, y al escribir a los Romanos ha dicho: “*Las criaturas están suspirando... y nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, suspiramos*” (ROMANOS, 8-22, 23). Y decía esto, no condenando la muerte, sino deseando lo futuro. He gustado, dice, la gracia, y no aguanto espera: tengo las primicias del espíritu y me afano por el todo: he subido al tercer cielo, he visto aquella gloria inefable, he contemplado la resplandeciente gloria regia, he conocido de que bienes carezco al morar aquí, y por esto suspiro. Porque dime: si alguien habiéndote

introducido en salones reales y enseñándote las paredes resplandecientes con oro y con toda clase de ornato, desde allí te hubiese metido después en la choza de un miserable, con la promesa de que dentro de breve tiempo te volvería a las salas regias, y en ellas te daría mansión perpetua; ¿es que no debías estar ansioso y aun sentirte desasosegado hasta por aquellos pocos días? Pues de semejante modo pondera el cielo y la tierra, y suspira con Pablo, no por causa de la muerte, sino por la vida presente.

Pero me respondes: dame que yo sea semejante a Pablo, y jamás temeré la muerte.— Y ¿qué te prohíbe hacerte semejante a Pablo? ¿Acaso él no era pobre? ¿No era un fabricante de tiendas? ¿No era indocto? Si hubiera sido rico y noble, los pobres llamados en su ayuda quizá hubieran tenido alguna como causa para desvirtuar su pobreza; mientras que ahora nada de eso puedes decir, puesto que era un trabajador y comía de su trabajo cotidiano.

Es más: tú en efecto, recibiste de tus padres la religión y piedad desde luego; estás alimentado con las Santas Escrituras desde tu infancia, mientras que Pablo fue blasfemo, y perseguidor e injuriador y devastó la Iglesia; pero mudóse súbitamente de suerte que a todos superó en celo y fervor, y exclamando dice: “*Sed imitadores míos, como yo de Cristo*” (I. CORINTIOS, 11-1).

El ha imitado al Señor, ¿no imitarás tú al consiervo? ¿Tú, que desde un principio estás educado en la piedad, a aquel que después de la conversión se acercó a la fe? ¿No conoces que los que viven en pecado, aunque viven están muertos? ¿Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y esta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a María: “*Quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá*” (JUAN, 11-25). O es acaso que nuestros dogmas son fábulas?— Si eres cristiano, cree a Cristo; si crees a Cristo, muéstramelo en las obras. Y ¿cómo demostrarás la fe en las obras? Si desprecias la muerte. Pues en esto nos diferenciamos de los infieles.

LOS QUE ESPERAN LA VIDA FUTURA NO DEBEN TEMER LA MUERTE. Los infieles con razón temen la muerte, pues no tienen esperanza de la resurrección; pero tú, que caminas por mejor vía y puedes razonar con esperanza de lo venidero, ¿qué perdón mereces, confiando sí en la resurrección, pero temiendo la muerte lo mismo que los que no creen en la resurrección?

Pero dices: no temo la muerte ni el morir, sino el morir malamente y el ser decapitado.— Entonces, ¿Juan el Bautista murió malamente

te?, porque fue decapitado. Entonces, ¿Esteban murió malamente?, porque fue apedreado. Y según vosotros, todos los mártires perecieron miserablemente, porque dieron la vida o por el fuego, o al filo de la espada; y los unos en el mar, los otros precipitados, los otros destrozados entre los dientes de las fieras, así han muerto. ¡Oh hermano mio! *No está el morir mal en esto, en fenecer por muerte violenta, sino en morir en pecado.* Escucha si no al Profeta que razonando sobre esto mismo dice: "*La muerte de los pecadores es pésima*" (SALMO, 33-32). No dijo la muerte violenta es pésima.— Con justicia y en verdad, porque luego de haber emigrado de aquí hay pena insopor- table, y tormentos sempiternos, y gusano venenoso, y fuego inextin- guible, y tinieblas exteriores, y ataduras irrompibles, y crujir de dientes, y tribulación, y angustia, y condenación eterna.

3. Pues quedando estos males para los pecadores, ¿qué utilidad puede haber en que terminen la vida en casa o en el lecho? Como al contrario, a los justos ningún daño puede venirles de que acaben la vida presente por el fuego o por el hierro, teniendo que emigrar a los bienes inmortales. En verdad pésima es la muerte de los pecadores. Tal fue la muerte de aquel rico que había despreciado a Lázaro, en casa y en su cama, y asistido por todos los allegados, y muerto por natural resolución de la vida, pero que estaba abrasado y sin poder obtener ni un pequeño consuelo de la prosperidad de la presente vida. Mas no así Lázaro, porque habiendo padecido muerte violenta, en el santo suelo, asistido de los perros, que limpiaban las llagas (porque ¿puede acaso haber algo más atormentador que el hambre?), habiendo partido de aquí, entró a disfrutar los bienes eternos, gozando en el seno de Abraham. Así, pues, ¿en qué le perjudicó el morir violentamente? Y ¿qué aprovechó al rico morir de muerte no violenta?

MENOS ES DE TEMER LA MUERTE INJUSTA QUE LA JUSTA. Pero dicen: No tememos morir violenta, sino injustamente, y que no habiéndonos atrevido a nada de lo que se nos acusa, seamos castigados juntamente con los reos culpables.— ¿Qué dices?, pregunto yo. ¿Temes morir injustamente? ¿Querías que fuese en justicia? Y ¿quién es tan mise- rable y desgraciado que amenazando el morir injustamente prefiera el morir por justicia? Porque si se ha de temer la muerte, hemos de temer la que nos sobreviene por justicia, pues que, en efecto, el injus- tamente muerto, por esto mismo queda incorporado con todos los santos. Puesto que los probados e ilustres ante Dios los más sufrieron muerte injusta, y Abel el primero de todos, porque no fue asesinado

por pecar contra su hermano, ni por haber dañado a Caín, sino porque honraba a Dios (GÉNESIS, 4). Mas Dios lo permitió, ¿por qué?— ¿Porque le amaba? ¿o porque le odiaba?— Ciertamente, porque le amaba, y para labrarle con la muerte injustísima una corona más brillante.—¿Ves cómo no es de temer la muerte ni por violenta, ni por injusta, sino la muerte en pecado? Abel fue muerto injustamente. Caín vivió gimiendo y temiendo; ¿cuál de los dos, respóndeme, fue más feliz, el que en justicia había descansado o el que vivía en pecado? ¿El que murió injustamente o el que justamente era castigado?

¿Queréis que os diga por qué tememos la muerte?— Porque no nos aguijonea el amor del reino (de los cielos), no nos abraza el amor de los bienes futuros: de otro modo despreciaríamos todos los bienes presentes, como el bienaventurado Pablo. Además, no tememos el infierno, por eso tememos la muerte; no ponderamos la intolerable gravedad de aquel suplicio, y por esto tememos la muerte, en vez de temer el pecado, porque si el temor de éste se hubiera posesionado de nuestra alma, no hubiera aquel podido infiltrarse. Y esto pondré empeño en manifestarlo por lo de casa, por lo que nos ha sucedido en estos días, sin ir más lejos.

Tan luego como el Emperador dio los decretos, que imponía este tributo el que parecía intolerable, todos se sublevaban, todos contendían, lo llevaban a mal, se indignaban, los que se encontraban decíanse: esto no es vivir, la ciudad está arruinada, no hay quien pueda aguantar el peso de este tributo, y todos estaban angustiados, como los que se encuentran en peligro extremo. Más tarde, empero, una vez que los crímenes fueron perpetrados, y unos cuantos malvados y perversísimos, pisoteadas las leyes, derribaron las estatuas y a todos pusieron en peligro de muerte; cuando ya tememos por nuestra vida, por haberse exacerbado el Emperador, ya no nos duele la pérdida de los dineros, sino que oigo que todos ofrecen otras cosas además de ellos. Que tome, decís, hasta la hacienda el Emperador, que de buen grado careceremos de los campos y del ajuar, con tal que se nos prometa que la vida será respetada. Porque así como antes de que nos amenazase el temor de la muerte, nos atormentaba la entrega en dinero; mas luego que los nefandos hechos fueron perpetrados, sobreviniendo el temor de la muerte, éste excluyó el dolor del tributo; así también, si el temor del infierno hubiera sobrecogido nuestras almas, no las hubiera ocupado el temor de la muerte, pues así como en los cuerpos, cuando nos atacan dos dolores, el más fuerte hace que el

menor desaparezca, así hubiera sucedido ahora: si en el alma hubiera quedado el temor de los suplicios eternos, éste hubiera oscurecido todo temor humano. Así, pues, si alguno trabaja por acordarse siempre del infierno, reiráse del temor de la muerte, y se verá libre, no sólo de la angustia presente, sino también se verá salvo de aquellas llamas. Quien teme continuamente el infierno, jamás caerá en el fuego del infierno, corregido por este asiduo miedo. Permitidme, pues, ahora que con tiempo os diga: "*Hermanos, no sois niños en el uso de la razón, sed sí niños en la malicia, pero en la conducta hombre*" (I CORINTIOS, 14-20).

POR QUÉ HA DE SER DESPRECIADA LA MUERTE. Porque *tenemos un miedo pueril, cuando tememos la muerte y no tememos el pecado*. Los niños pequeños temen los gusanos y no temen el fuego; y si acontece que se los acerca a una lámpara ardiendo, inconsiderablemente extienden la mano a la lámpara y a la llama; mientras que se horrorizan de un despreciable gusano, no temen el fuego, que es para ser temido. De parecido modo también nosotros tememos la muerte, que es un gusano digno de desprecio, y no tememos el pecado, con ser de temer en verdad, y que devora la conciencia como un fuego. Y esto suele pasarnos, no por la índole de las cosas, sino por nuestra ignorancia. Porque si pensamos *qué es*, después de todo, *la muerte*, jamás la temeremos. Pues *¿qué es la muerte?* Es lo mismo que desnudarse de un vestido, pues como un vestido está envolviendo al alma el cuerpo, y éste depuesto por la muerte para un breve tiempo, lo volveremos a tomar de nuevo más resplandeciente.— *¿Qué más es la muerte?*— Una peregrinación durante cierto tiempo, un sueño más largo que el de costumbre. Luego si temes la muerte, teme el sueño; si te apenas por los que mueren, siente también pena por los que comen y por los que beben, pues así como es natural ésto, lo es aquello. No te contristen las cosas naturales, pero te contristen las que nacen de la mala voluntad; no llores al que muere, sino al que vive en pecados.

4. *¿Quieres que haga también memoria de otra causa por qué tememos la muerte?*— Porque no vivimos con diligencia, ni tenemos limpia la conciencia; porque si esto así fuera, nada nos habrían espantado la muerte, el hambre, la pérdida del dinero, ni cosa alguna por este estilo. Porque a quien vive virtuosamente nada de esto le podrá dañar, ni privarle de la satisfacción interior; que a quien está apoyado en firme esperanza ninguna cosa podrá derrocarlo en la tristeza. *¿Qué es lo que se puede hacer para que alguno, el varón fuerte, caiga en la*

tristeza?— ¿Le robarán el dinero?— Pero tiene las riquezas en el cielo. — ¿Será desterrado de la patria?— Pero será enviado a la ciudad del cielo.— ¿Será aherrojado?— Pero tiene libre la conciencia y ni siente las cadenas materiales.— ¿Matarán el cuerpo?—Pero éste ha de resucitar otra vez. Lo mismo que quien lucha con una sombra, y quien azota el aire a nadie puede herir; así quien lucha con el justo, lucha sólo con una sombra, y gasta las fuerzas, sin poder causarle herida alguna. Así es que dame el confiar en el reino de los cielos, y si quieres, hoy mismo mátame: te guardaré agradecimiento de la muerte, porque me envías aceleradamente a aquellos bienes.

—Y, ¿de dónde se prueba esto?— De la sentencia del Señor, porque decía de uno que había prevaricado: *“Por la malvada avaricia de mi pueblo... le he azotado, él se fue vagando tras de los antojos de su corazón. Yo vi sus andanzas y le di la salud”* (ISAÍAS, 5-71). Por lo cual dice Pablo: *“La tristeza, que es según Dios, produce una penitencia constante para la salud, cuando la tristeza del siglo cansa la muerte”* (2 CORINTIOS, 7-10).

Por tanto, después que la razón ha demostrado en el discurso que ni la multa en dinero, ni la injuria, ni la calumnia, ni los azotes de la enfermedad, ni la muerte, ni otra cosa parecida puede remediar la tristeza, sino solamente borrar el pecado, y que vale para destruirlo, es cierto que para sólo esto fue hecha. No nos dolamos, pues, por la pérdida de los dineros, sino dolámonos sólo cuando pecamos: en esto está la grande utilidad de la tristeza— ¿Te han multado?—No te apenes, que no te aprovechará.— ¿Has pecado?— Duélete, porque te es provechoso.

Y considera la providencia y sabiduría de Dios. Estas dos cosas nos originó el pecado: tristeza y muerte: *“Porque en cualquier día que comieres de él, dijo, infaliblemente morirás”* (GÉNESIS, 2-17), y a la mujer: *“Con dolor parirás los hijos”* (GÉNESIS, 3-16), y por estas mismas dos cosas destruye el pecado, y cuidó de matar a la madre por las hijas. Que la muerte destruya con la tristeza el pecado, desde luego está manifiesto en los mártires, y también es claro por lo que aseveró Pablo a unos pecadores diciendo: *“De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos que mueren”* (I CORINTIOS, 11-30), porque pecáis, dice morís, para que por la muerte se satisfagan los pecados. E infirió diciendo así: *“De aquí es que si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos así juzgados por Dios. Si bien cuando lo somos, el Señor*

nos castiga como a los hijos, con el fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo" (vv. 31.32). Y así como del árbol nace el gusano, y lo roe, y la polilla pica la lana, de la que tiene su origen, así la tristeza y la muerte han nacido del pecado, y el pecado destruyen. Por tanto, no temamos la muerte, temamos solamente el pecado, y por causa de él nos dolamos.

Y digo esto, no porque presagie algún mal, Dios no lo permita, sino deseando que estéis siempre con temor y que de hecho cumpláis la Ley de Cristo: "*Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí*" (MATEO, 10-38). Y esto decía, no para que llevemos en los hombros el leño, sino para que tengamos siempre a la vista la muerte; también Pablo moría así cada día (I CORINTIOS, 15-31), y se burlaba de la muerte, y menospreciaba la vida presente. Eres soldado que estás en batalla puesto; mas el soldado que teme la muerte jamás se porta con valentía. Así mismo el Cristiano que tiene miedo de los peligros, tampoco hará cosa digna de admiración, antes con facilidad será expugnable, y por el contrario, el intrépido y magnánimo resultará inexpugnable e invicto.

Por tanto, así como los Tres Jóvenes, que no temieron el fuego, vencieron el fuego, así también nosotros, si no tememos la muerte, venceremos la muerte. De modo que no temieron el fuego, porque no es crimen estar ardiendo, mas temieron el pecado, porque es crimen practicar la impiedad. También nosotros a éstos y a los que se les parecen, imitemos, y no temamos los peligros y venceremos los peligros.

5. "*En verdad no soy profeta ni hijo de profeta*" (AMÓS, 7-14); no obstante, conozco manifiestamente lo que sucederá, y en voz alta, y clara publico que *si nos cambiamos* y tenemos algún cuidado de nuestra alma, y *nos apartamos de la maldad, nada molesto y triste sobrevendrá*, y esto lo sé claramente por la clemencia de Dios y por lo que ha hecho ya con individuos, ya con ciudades, ya con familias, ya con pueblos enteros. Porque a la ciudad de Nínive amenazó, y dijo: "*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*" (JONÁS, 3-4). Y ¿qué sucedió?, dime, ¿Fue destruida Nínive? ¿Fue destruida la ciudad? Todo lo contrario sucedió, pues resurgió y se hizo más famosa, y tantos años pasados no sólo no han desmoronado su gloria, sino que, al contrario, todos la celebramos aún su gloria y la admiramos, porque desde entonces ha habido *para los que pecan un puerto, el más seguro*, que no permite caer en desesperación, antes a todos llama a la

penitencia, tanto por lo que hizo como por lo que ha conseguido la providencia de Dios, persuadiendo a no desesperar jamás de la propia salvación; pero a los que llevan vida buena y ponen su óptima esperanza en confiar en la muerte como en un bien completo que ha de venir.

Porque, ¿quién, aunque sea el más desidioso de todos, no se siente excitado oyendo el ejemplo de ellos? Así fue que prefirió Dios dejar incumplida la amenaza profética, antes que viniese la ciudad al suelo: mejor dicho, ni la profecía falló. Porque si permaneciendo los hombres en la misma maldad, la sentencia no se hubiera realizado, quizá alguno podría atacarle; pero porque una vez ellos convertidos, y desistiendo de la maldad, también Dios haya desistido de su ira, ¿quién podrá censurar la profecía y condenar de mentira sus palabras? Porque la ley, que desde un principio puso Dios a todos los hombres, hablando por un profeta, ésta aun entonces la observó.— Que ¿cuál ley?— Dijo: *“Yo pronunciaré de repente mi sentencia contra una nación y contra un reino, para arrancarlo, destruirlo y aniquilarlo. Pero si la tal nación hiciere penitencia de sus pecados, por los cuales pronuncié el decreto contra ella, me arrepentiré yo también del mal que pensé hacer contra ella”* (JEREMÍAS, 18-8, 8). Por tanto, observando esta ley, salvó a los penitentes, y a los que salían del vicio libró de la ira. Conocía la virtud de los bárbaros de Nínive y por eso urgía el profeta; también entonces de parecido modo estaba agitada la ciudad, oída la voz del profeta; pero en nada fue dañada, sino más bien ayudada por el temor. Porque aquel temor produjo la salvación, la amenaza libró del peligro la sentencia de destrucción apartó la destrucción. ¡Oh cosa nueva y admirable! Después de estar dada la sentencia, se invalida; al contrario que en los juicios seculares, porque en éstos una vez se hace pública, se ratifica la sentencia; mas ante Dios el ser anunciada la sentencia hace que resulte inválida, porque si no hubiera sido dada, los pecadores seguramente no la hubiesen oído; pero no habiéndola oído, tampoco hubiesen hecho penitencia, tampoco hubiesen alejado el castigo, tampoco habrían alcanzado aquella salvación admirable. ¿O no es cosa admirable que, habiendo el juez dado sentencia, hayan sido los reos quienes por la penitencia hayan levantado la sentencia? Y no huyeron de la ciudad, como nosotros ahora, sino permaneciendo en ella la afirmaron. Era un peligro, y la convirtieron en fortaleza; era una sima, un precipicio, y la hicieron torre de seguridad. Oyeron que los edificios caerían, no abandonaron

los edificios, sino que abandonaron los pecados; no salió cada uno de su casa, como nosotros ahora, sino que cada cual salió de su mal camino. Pues ¿acaso, dice, las paredes engendran odio?— Nosotros, que somos los autores del castigo, nosotros preparemos el remedio. Por tanto, no al cambio de lugares, sino a la conversión de las costumbres confiaron la salvación.

6. Esto los ninivitas bárbaros, y nosotros ¿no nos confundimos, ni nos escondemos, cuando mientras que *ellos cambian de costumbres, nosotros cambiamos de lugares* y hacemos obras de hombres embriagados y exponemos nuestra hacienda?

El Señor está enojado con vosotros, y nosotros omitimos el aplacar su ira; y llevamos de una parte a otras las cosas de la casa, y vagamos buscando donde depositar la hacienda, cuando lo que haría falta es buscar donde depositar el alma, o mejor, ni hay que buscar, sino darle seguridad con la virtud y rectitud de vida. Porque si, por ejemplo, estando nosotros airados y enojados con un siervo, el no cuidando de dar excusa alguna del enojo, marchándose a su aposento, recoge sus ropas, hace su hatillo y piensa en la fuga, fácilmente nos sentiríamos ofendidos por este desprecio.

Desistamos, pues de este importuno deseo, y cada uno digamos a Dios: *¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y a dónde iré que me aparte de tu presencia?* (SALMO, 138-7). Imitemos el discurrir de los bárbaros: ellos hicieron penitencia estando inciertos, pues no decía la sentencia: Si os convertís y hacéis penitencia, perdonaré a la ciudad, sino simplemente: *“De aquí a cuarenta días Nínive será destruida”*. Y ¿qué hicieron ellos?— *¿Quién sabe si el Señor mudará así el designio y nos perdonará?* (JONÁS, 3-9)— *¿Quién sabe?*— No conocen el fin de aquello, pero no descuidan la penitencia: desconocen los usos de la benignidad de Dios, pero se convierten por si acaso; ellos no tenían otros ninivitas a quienes mirasen salvos por la penitencia, ni habían leído los profetas, ni habían oído a los patriarcas, ni tuvieron consejo, ni consiguieron amonestación, ni estaban persuadidos del todo de que Dios había de ser aplacado por la penitencia, pues la amenaza no rezaba esto, sino que dudaban y estaban vacilante y, con todo, hicieron penitencia con gran cuidado.

Pues, ¿qué excusa habrá para nosotros, cuando ellos, sin tener realmente en que confiar de no morir, tan grande conversión hacen, y tú, que puedes confiar en la divina benignidad, y que has recibido más veces muchas prendas de su solicitud acerca de ti, y has oído a los

profetas y Apóstoles, y estás enseñado por los mismos hechos, y no trabajas por alcanzar la misma medida de virtud que ellos? Grande en verdad la virtud de aquellos hombres; pero mucho mayor la clemencia de Dios, como puede colegirse de la misma magnitud de las amenazas. Para esto, pues, no añadió el anuncio. Si empero, hiciéreis penitencia, perdonaré, para que haciendo indefinida la sentencia, aumentara el miedo, y aumentando el miedo, más de prisa obligase a la penitencia.

Y, ciertamente, sonrójase el profeta sabiendo y calculando que las amenazas no serán cumplidas; pero Dios no se avergüenza, sino que busca únicamente la salvación de los hombres, y corrige a su siervo.

Porque tan luego como éste ingresó en la nave, al punto alborotó el mar; para que adviertas que donde hay pecado allí hay tormenta; donde inobediencia, confusión, y efectivamente, la ciudad de Nínive estaba amenazada por causa de los pecados de los ninivitas; pero a su vez la nave zozobraba por la desobediencia del profeta. Por esto arrojaron al mar a Jonás y la nave se mantuvo a salvo; así nosotros arrojamos al mar los pecados, y la ciudad permanecerá del todo salva.

Así, pues, ninguna utilidad tenemos en la fuga, lo mismo que a Jonás de nada le sirvió huir, mas antes le dañó: huía de la tierra, pero de la ira de Dios no huía. Huía de la tierra y produjo en el mar la borrasca, y no sólo no consiguió bien alguno de la fuga, sino que puso en trance extremo a los que le admitieron, y mientras navegando, estaba durmiendo en la nave, y estaban en su puesto los marineros y el capitán, y con todo el matalotaje dispuesto estaba él en peligro de muerte; mas después arrojado al mar, deponiendo el pecado por medio del castigo, vióse conducido a una inmensa nave, es decir, al vientre o seno de un gran pez, y gozaba de grande libertad. Para que aprendas que así como no aprovecha el navío al que vive en pecados, así al que está libre de pecado ni el mar le pierde o traga, ni las fieras devoran. Así a él las olas le recibieron y no le ahogaron: lo recibió un gran pez, y no lo mató, sino que la bestia y el mar a Dios devolvieron el depósito incólune. Y por todo era instruido el profeta, para que fuese manso y humano y no fuese más cruel que los insensatos marineros, y que las furiosas, olas y que las bestias. Pues los navegantes no desde luego al principio, sino después de grandes apuros, lo lanzaron al mar; éste y la bestia lo guardaron con mucha benevolencia, disponiendo Dios todas estas cosas. Así es que volvió, predicó, amenazó, persuadió, salvó, aterrorizó, corrigió, y con sola la primera pre-

dicación dio firmeza, y no necesitó muchos días, ni de frecuentes consejos, sino que habiendo hablado aquellas descarnadas palabras a todos movió a penitencia. Por esto Dios no le llevó al instante desde el navío a la ciudad, sino que los navegantes lo entregaron al mar, el mar a la bestia marina, ésta a Dios, Dios a los ninivitas por un largo rodeo restituyó el prófugo, para enseñar a todos que es imposible escaparse de la mano de Dios. Porque a donde uno marche, arrastrando pecado, padecerá infinitos males, y cuando nadie esté presente, las mismas criaturas le resistirán por todas partes con mucha violencia.

No confiemos, pues, a la fuga nuestra salvación, sino al cambio de las costumbres. Pues ¿acaso porque permaneces en la ciudad por eso está Dios irritado para que huyas? Porque has pecado, por eso está indignado. Así, pues, *quita el pecado*, y de donde nace la causa del castigo allí *sea la fuente del mal*, porque curar los contrarios con contrarios, aun los médicos lo mandan. ¿Ha provenido la fiebre del crápula? Con la dieta corrigen el mal. ¿Ha enfermado alguien de melancolía? Dicen que para éste la medicina mejor es la alegría. Así también es como debe procederse en las enfermedades del alma. ¿La pereza ha despertado la ira? Rechacémosla con la diligencia y propongámonos un grande cambio. En el ayuno tenemos un auxiliar, el mejor compañero de armas, y además del ayuno está presente angustia y miedo del peligro. Insistamos, pues, con el alma durante este tiempo, que fácilmente la persuadiremos todo cuanto queramos. Que el tímido, temeroso y alejado de toda delicia, y que vive con miedo, puede fácilmente filosofar y recibir con mucha alegría los gérmenes de virtud.

7. HAN DE EVITARSE LOS JURAMENTOS. Por tanto, determinemos primero a empezar huyendo de los juramentos, pues aunque ayer y anteayer he tratado este asunto, no por eso voy a desistir, hoy ni mañana, ni más ni menos de avisar lo mismo. Pero ¿qué digo mañana o pasado mañana? Hasta que os vea enmendados no desistiré, pues si los quebrantadores de la ley no se ruborizan, mucho menos nosotros, que exigimos que no seáis quebrantadores, justo es que no nos avergoncemos de amonestaros con frecuencia. Porque el amonestar de lo mismo continuamente no es falta del predicador, sino de los oyentes, que necesitan de constante enseñanza sobre reglas sencillas y fáciles. Porque ¿qué cosa más fácil que no jurar? Sólo depende de la costumbre: no es trabajo del cuerpo, no es dispendio pecuniario.

—¿Quieres saber cómo puede dominarse el vicio? ¿Cómo se puede

ver uno libre de la mala costumbre?— Yo te enseñaré un modo, que como lo observes vencerás en absoluto. Cuando veas a ti mismo o cualquier otro, sea un siervo, sea un hijo, sea la mujer, dominados de este mal, y continuamente avisados, pero no enmendados, manda que se acuesten sin cenar e impón a ti y a ellos esta pena, pena que no acarrea daño, pero sí provecho. Pues así son las cosas espirituales: acarrean lucro y rapidísima enmienda: que la lengua continuamente atormentada, aunque nadie amoneste, tiene bastante amonestación, cuando está reseca por la sed, y exhausta por el hambre, y aunque seamos los más estóolidos de todos, amonestados todo el día por este penoso tormento, no necesitaremos más consejos ni amonestación.— ¿Os parece bien lo dicho?— Pues a demostrar con obras que lo alabáis. Porque de otro modo ¿cuál es el provecho de este sermón?

Si un muchacho asiste diariamente a la escuela, pero después no sabe nada, ¿acaso le sería de excusa el asistir a ella cada día? ¿Que vaya todos los días a la escuela y que esto sea en balde?— Pues apliquémonos nosotros esto mismo y reflexionemos. Acudiendo a la iglesia tanto tiempo, disfrutando de la venerabilísima Eucaristía, que contiene tan grande ganancia, si otra vez salimos como hemos entrado, sin corregir ninguno de nuestros defectos, ¿qué utilidad tendremos de venir aquí?

Porque muchas cosas se hacen no por las cosas, sino por lo que de ellas proviene. Sea un ejemplo: el sembrador no siembra nada más que por sembrar, sino para segar; porque si no segara, aun la simiente perdería podrida inútilmente. El mercader no navega sólo -por navegar, sino para que navegando consiga acrecentar la hacienda: que si esto no acaece, corre un gravísimo peligro y será pernicioso la travesía de los mercaderes. En nosotros mismos reflexionemos también esto: nosotros venimos a la iglesia no para estarnos, aquí solamente, sino para que salgamos de ella enriquecidos con alguna grande cosa espiritual. Por tanto, si nos marchamos, vacíos y sin haber conseguido nada, esta instrucción hará recaer sobre nosotros el daño. Para que no suceda y para que evitemos tan grande daño, al salir de aquí, los amigos entre sí, los padres con los hijos, los señores con los siervos, medita y trabajad para poner en práctica lo mandado, para que cuando volváis de nuevo y oigáis que aconsejemos las mismas cosas, no os cubráis de vergüenza por remorderos la conciencia, sino que os gocéis y alegréis de ver que vosotros habéis cumplido la mayor parte de la amonestación. Mas no sólo filosofemos esto aquí, puesto que

una momentánea advertencia no puede desarraigarlo todo, sino que en casa el marido oiga de su mujer estas cosas, y la mujer de su cónyuge, despiértese cierta emulación entre todos los que tienen deseos de llegar al cumplimiento de esta ley, y el que antes la haya cumplido, reprenda al que falta, para más alentarle; y el que falta y aún no ha cumplido, mire al que va delante y esmérese en alcanzarle pronto. Si esto meditamos, si esto procuramos, en breve los otros asuntos nuestros se nos arreglarán. *Tú piensa en lo que a Dios toca y El proveerá a lo tuyo.*

Ni me digas: ¿Y qué, si alguien nos pone en la precisión de jurar? ¿Qué, si no da crédito?— Pues cierto que cuando la ley hubiera de ser violada, no ha de mentarse la necesidad. Porque *la necesidad única es la de no ofender a Dios.* Con todo, mientras tanto préstalo y *corta los juramentos superfluos, los temerarios, los no necesarios,* proferidos, en casa, con los amigos, con los siervos, si quitas éstos, en aquellos ya no necesitarás de mí, porque aun la misma boca ejercitada en esto, en temer y huir la frecuencia de jurar, ni aunque mil veces se la fuera, consentirá caer más en la tal costumbre. Pues así como ahora, a pesar del sufrimiento grande y de la consternación infinita, aterrorizando, amenazando, amonestando, aconsejando, apenas hemos podido cambiarla en otra costumbre; así luego, en efecto, aunque alguien obligue enormemente no conseguirá movernos a violar esta ley, sino que como nadie querría gustar un veneno, aun viéndose apurado de necesidad del mismo modo ni admitirá los juramentos. Y como esto se haga, tendréis un consuelo y una exhortación para alcanzar las restantes partes de la virtud. Porque quien nada ha cumplido, empeza y pronto desfallece de ánimo; pero quien tiene conciencia de haber cumplido siquiera un mandamiento, con esto alentado a esperar bienamente, procederá con mayor empeño a los restantes: después, tomando otro, pasará pronto a otro, y no desistirá hasta que llegue a la misma cima. Pues si en las riquezas, cuantas más uno juntó, tantas más desea, mucho más lo verás en las obligaciones espirituales. Por esto me apresuro y urjo para que se de comienzo a esto y se eche en vuestras almas el fundamento de la virtud, y rogamos y suplicamos que no precisamente sólo en esta hora presente os acordéis de estas palabras, sino también en casa, y en la plaza, y dondequiera moréis. ¡Ojalá me fuera concedido conversar con vosotros! No me hubiera sido necesario este largo discurso; mas ahora no siéndome posible, en la ausencia mía acordaos vosotros de mis palabras, y al sentaros a la mesa, imagi-

nad que yo entro, y que estoy presente, y que todo cuanto ahora os digo resuena, y siempre que se os hable de mí acordaos, sobre todo, de este mandamiento y dadme esta paga de mi amor para con vosotros. Si viere que habéis esto cumplido, lo he cobrado todo, he logrado un galardón digno de mis trabajos, Y para que nos tengáis siempre más prontos, y vosotros tengáis fundada confianza, y os preparéis más fácilmente para los restantes mandamientos, poned con grande empeño en vuestras almas esta ley, y entonces es cuando conoceréis el provecho de la amonestación. Porque si hermoso es un vestido de oro, más hermoso ha de parecer colocado en vuestro cuerpo; así también los mandamientos de Dios son en sí verdaderamente hermosos, hasta cuando se recomiendan, pero mucho más hermosos aparecen cuando se cumplen. Ya que ahora, por breves momentos, alabáis nuestras enseñanzas, si las ponéis por obra, alabaréis a vosotros y a mí durante todo el día y durante todo el tiempo. Ni esto de alabarnos mutuamente es lo más grande, sino el que Dios nos recibirá, y no sólo nos recibirá, sino que nos recompensará con aquellos sus grandes e inefables dones; los cuales todos logremos disfrutar, por gracia de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad del Espíritu Santo, sea dada gloria ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía VI.

1. Continúa consolando a los atribulados.— Los sacerdotes hacen como las madres.— El temor de los Magistrados es provechoso.— Utilidad de las tribulaciones.— Dios nos ha permitido estar tantos días atormentados del miedo, porque quiere espantarnos para no castigarnos más.

2. Los nuncios de la sedición de Antioquía forzados a detenerse en el camino para Constantinopla.— Motivos de confiar.— La providencia de Dios.— el modo con que obra para favorecernos.

3. Clemencia de Teodosio en la Pascua.— Del desprecio de la muerte.— Cuarta causa de temer la muerte: el no vivir con la austeridad que conviene a Cristianos.— De la maceración nace el deseo del cielo.— Para esto Dios ha hecho trabajosa la vida.

4. Ejemplo de los hebreos residentes en Egipto.— Por qué es útil la vida presente. La muerte no es de temer.— La vida regalada es de temer: Epulón y Lázaro.— Huyamos los pecados. Esto nos da seguridad.

5. No hace libres el no tener castigo, sino el vivir según las leyes.— La tribulación mejora a nosotros y a los que nos la causan, si la llevamos bien.—Ejemplo de Nabucodonosor. — Admirado y transformado.

6. Nada temamos sino ofender a Dios. — El pecado es un gran suplicio.— Las penas nos llevan a Dios.— La úlcera sajada.— Ten por más felices a los que sufren penas habiendo pecado que a los que siendo pecadores no son afligidos; como los hidrópicos.— Evitar los juramentos.— No vale, decir: “otros lo hacen”.— Miremos a los que se portan bien. Un hábito destruye otro hábito; una costumbre otra.— Más fácil es no jurar que jurar.

7. Llevarse la flor y el fruto del sermón.— Hablando de estas cosas evitaremos el peligro de hablar mal y desecharemos la preocupación que nos entristece ahora.— Celemos por el bien de nuestros hermanos, extendamos llamas de celo.— Insiste en corregir, multar y castigar a los que juran.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Homilía pronunciada el miércoles de la semana primera de Cuaresma, día 10 de marzo.

2.^a Enseña cuántos bienes nacen del temor a los Magistrados.

3.^a Resalta la acción de la Providencia en retrasar en el camino a los emisarios del Prefecto y hacer que llegase S. Flaviano para hablar al Emperador en Constantinopla antes que aquellos.

4.^a Consuela y exhorta a sufrir con paciencia y dando gracias a Dios los males de esta tribulación, asegurando que quien sufre por Dios penas indignas es digno no tan sólo de perdón, sino de premio y corona.

5.^a De todo lo que está sucediendo deduce que hay fundados motivos de esperar el perdón del Emperador.

* * *

1. En verdad hemos empleado muchos días consolándonos; con todo, no por esto cambiaré, de asunto, pues mientras dure la herida de la tristeza, aplicaremos la medicina de la consolación. Porque si las heridas corporales no cesan de curarlas los médicos hasta que ven que ha desaparecido el dolor, mucho más conviene hacer lo mismo en el alma. Puesto que herida del alma es la tristeza, también hay que ayudarla con blandas palabras, porque ni suelen las aguas calientes resolver los tumores de la carne, tanto con la fiebre del alma suele apagarse con la abundancia de consoladores discursos. Aquí no hay necesidad de esponja, como la usan los médicos, sino que en vez de la esponja menaremos la lengua; aquí no se necesita fuego con que calentar las aguas, sino que en vez de fuego usaremos de la gracia del Espíritu. Ea, pues, hagamos también hoy lo mismo. Porque si nosotros no os proporcionamos consuelo, ¿de dónde recibiréis con abundancia el alivio?

Espantan los jueces, pues razón para que los sacerdotes consuelen; amenazan los Magistrados, por lo mismo la Iglesia dé firmeza. Pues es lo que sucede con los párvulos: los maestros espantan, y castigan, y los envían llorando a las madres; pero las madres los reciben en su regazo, los estrechan, limpiándoles las lágrimas los besan, y alivian la apenada alma de los mismos, persuadiéndoles con las palabras que el respeto a los maestros les es provechoso.

EL TEMOR A LOS MAGISTRADOS ES PROVECHOSO. Pues, porque también a vosotros han aterrorizado los Magistrados, y os han apesadumbrado, la Iglesia, nuestra común madre de todos, abriendo su seno y recibiendo con los brazos abiertos, consuela diariamente, enseñando que *es útil el temor de los Magistrados y útil también el consuelo de aquí salido*. Porque el miedo de ellos no nos deja consumirnos en la pereza, y el consuelo de esto no permite sucumbir a la tristeza, y con ambas cosas dispone Dios nuestra salvación. Porque El ha armado a los Magistrados para que espanten a los dados al placer, y El mismo ha elegido a los sacerdotes para que consuelen a los dolientes, y ambas cosas, además de las Escrituras, enseña también la misma experiencia de las cosas.

Porque si, no faltando los Magistrados y estando los soldados prestos sobre las armas, el furor de unos cuantos hombres revoltosos y advenedizos en un breve espacio de tiempo hanos causado tan grande incendio, y ha levantado tanta borrasca, y nos arrastró a todos a temer un naufragio: si hubiese faltado todo temor de Magistrados, ¿a qué extremos de furor no hubieran llegado? ¿No es verdad que habrían destruido la ciudad hasta los cimientos, y confundiéndolo todo, aun nuestras vidas hubieran quitado? Porque si quitas los tribunales judiciales, quitas todo el orden de nuestra vida; y así como si quitas de la nave al capitán, hundes la nave; si quitas del ejército al general, entregas a los enemigos los soldados maniatados: así quitar de las ciudades los Magistrados es llevar una vida más salvaje que la de las fieras del monte, mordiéndonos entre nosotros y devorándonos, al más pobre el rico, al más débil el más fuerte, al más manso el más audaz. Mas ahora por la gracia de Dios nada de esto pasa, porque quienes viven religiosamente no tienen necesidad de enmienda de esto: *“No se puso la ley, o sus penas, para el justo”* (I TIMOTEO, 1-9). Pero muchos que miran al vicio, si no tuvieran este inminente temor, llenarían las ciudades de infinitos males, los que conociendo también Pablo decía: *“No hay potestad que no provenga de Dios, y Dios es el que ha establecido las que hay”* (ROMANOS, 13-1). Pues lo que en las casas hacen (los ensamblamientos) las vigas, esto hacen los Magistrados en las ciudades, y como quitada la trabazón, sueltas las paredes, por sí se desploman, así como se quiten del mundo los Magistrados y el temor que infunden, las casas y las ciudades, y las naciones por el mucho libertinaje se arruinarán, no teniendo a nadie que contenga y rechace, y por el temor del castigo los persuada a estar quietos.

UTILIDAD DE LAS TRIBULACIONES. No nos apenemos, pues, muy amados, por miedo de los Magistrados; antes bien, aun demos a Dios gracias por haber corregido nuestra desidia y por habernos hecho más diligentes. Porque pregunto: ¿qué daño se ha seguido de este cuidado y solicitud? ¿Qué nos hemos vuelto más honestos y mansos? ¿Y más diligentes y atentos? ¿Que no vemos ningún borracho ni quien cante canciones obscenas? ¿Que las oraciones son continuas, y las lágrimas, y las súplicas? ¿Que se han expulsado la risa importuna, y las palabras torpes, y toda lascivia, y que toda nuestra ciudad imite y se parezca a una mujer honesta y noble? ¿Por esto te apenas? Antes bien gózate de esto y dar gracias a Dios es lo que se debe, por haber disuelto tanta molicie con el miedo de pocos días.

—Pero dice: No lo niego; ni solamente estuviéramos en peligro hasta tener miedo, habríamos conseguido bastante utilidad; mas ahora tememos que el mal pase adelante, a más, y que todos estemos en peligro de muerte.— Mas no temáis, es Pablo quien os consuela diciendo: “*Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros*” (I CORINTIOS, 10-5-; DEUTERONOMIO, 31-6; JOSUÉ, 1-5-). Porque de haber querido castigar con las mismas cosas, y con la experiencia de los males, no nos hubiera por tantos días entregado al temor, pero no habiendo querido castigar, espanta, aterroriza, porque si hubiera de castigar, superfluo sería atemorizar, superfluo amenazar. Mas ahora pasamos una vida más pesada que innumerables muertes, temblando y temiendo tantos días, espantándonos las mismas sombras, y sufriendo la pena del mismo Caín, y saltando de la cama a media noche por la continua pesadilla, tanto que aun cuando hubiésemos irritado a Dios, habiendo pasado ahora tan grande castigo, lo habríamos vuelto propicio. Pues aunque no hemos sufrido un castigo digno del pecado, con todo es suficiente a la clemencia divina.

2. LOS NUNCIOS DE LA SEDICIÓN DE ANTIOQUÍA VIÉRONSE OBLIGADOS A DETENERSE EN EL CAMINO. Mas no solamente por esto, sino que también por muchas otras cosas débese confiar, pues no son pequeñas las prendas de buena esperanza que Dios nos ha dado. Y la primera de todas: los que como si tuvieran alas partieron de aquí, llevando la mala noticia, y poco ha creían que llegarían al campamento, están todavía a medio camino: tantos obstáculos e impedimentos se les presentaron, y dejando los caballos, ahora caminan en carruajes; por lo cual síguese necesariamente que han de llegar allá más tarde. Porque luego que a nuestro obispo y padre común le inspiró Dios a salir de aquí, y a desempeñar esta legación; luego los alcanzó en mitad del viaje, para que no adelantándose soplasen el fuego, e hiciesen después al maestro inútil la corrección, estando inflamado el ánimo real por lo oído. Y que no sin providencia de Dios se presente tal impedimento, es manifiesto por aquí: hombres que pasan toda la vida en tales caminos, y que lo tienen por oficio, usando siempre caballos, ahora deshechos de cabalgar han desfallecido, y lo que ha ocurrido ahora son cosas contrarias a los hechos de Jonás. Porque a éste, que no quería ir. Dios le urgía; a ellos que querían, los estorbó. ¡Oh cosa nueva y admirable! Jonás no quería predicar la ruina, y al que no quería. Dios

lo hizo ir; éstos se apresuran aceleradamente para anunciar la ruina y de nuevo lo prohibió a los que repugnaban.— Y finalmente, ¿por qué?— Porque ahora la celeridad era dañosa, mas entonces era provechosa: de ahí que a Jonás le hizo apresurar por un pez y a éstos ha retrasado por los caballos. ¿Conoces la sabiduría de Dios? Por lo mismo que cada cual presumió que lograría sus deseos, por eso mismo cada cual se vio impedido. Pensó Jonás que con el navío se evadiría, y el navío se le convirtió en cárcel; confiaron éstos que con caballos verían más pronto al Emperador, y los callos fuerónles estorbo; pero no, no los caballos ni el navío, sino la providencia de Dios, que siempre dispone todas las cosas suyas con sabiduría.

Y considera el modo de la providencia, como ya espantó, ya consoló. Porque el mismo día en que se perpetraron todos aquellos crímenes, permitiendo que éstos saliesen, lo mismo que si hubieran de anunciar al Emperador, todo lo sucedido, espantó a todos con la precipitación de la salida; mas luego de haber salido, cuando hubieran andado dos o tres días, cuando dábamos por inútil la salida de nuestro Prelado, puesto que había de llegar más tarde, entonces dispó el miedo y nos ha consolado, como he dicho, deteniéndolos en medio del camino, y haciendo que, los que desde allí venían hacia nosotros, nos comunicasen las penalidades de aquellos en el viaje para que respiráramos un poco; como así ha sucedido, y hemos depuesto gran parte de las ansiedades. Esto sabido hemos adorado a Dios, autor de estas cosas que ha dispuesto con más cuidado que todos los padres todas nuestras cosas, cohibiendo con poder en verdad invisible a los ímprobos nuncios, y sólo no ha dicho: ¿Por qué vais de prisa? ¿Por qué os apresuráis queriendo arruinar tan gran ciudad? ¿Es que lleváis buenas nuevas al Rey? Estaos aquí hasta que haga yo que mi servidor, como un óptimo médico, os prevenga y que hago que se adelante a vuestra llegada.

Pues si al aparecer la úlcera de la prevaricación se ha manifestado tanta providencia, mucho más después de la conversión, de la penitencia, de tanto temor, de lágrimas y preces, hemos de conseguir mayor libertad. Porque Jonás, congruentemente estaba impedido para que moviese a penitencia; pero vosotros ya habéis hecho penitencia y conversión grande, y por tanto, en adelante es necesario el consuelo, no un anunciador de amenazas. Por esto incitó a nuestro común padre, a salir de aquí, a pesar de que había muchos obstáculos, pues si no hubiere mirado por nuestra salvación, no le hubiera persuadido antes, queriendo él salir, lo hubiera estorbado.

3. CLEMENCIA DE TEODOSIO EN LA PASCUA. En tercer lugar se me ocurre decir una cosa que os dará confianza, es a saber: la solemnidad presente, que hasta casi todos los infieles respetan, y este mismo religioso Emperador de tal manera la admiró y honró, que ha aventajado en piedad a cuantos le precedieron en el mando. Porque en tales días habiendo enviado carta para honrar la solemnidad, perdonó casi a todos los encarcelados. Y esa misma carta leerá nuestro Prelado ante el Emperador, y recordará las propias leyes, y le dirá: Animo, Emperador; acordaos de vuestros hechos; tenéis en casa un ejemplo de humanidad: no quisisteis hacer una mortandad según justicia, y ¿sufriréis que se cometa otra contra justicia? A los convictos y condenados perdonásteis por reverencia de la festividad, ¿y a los no culpables y que a nada hanse atrevido los condenaréis, sobre todo en la presente solemnidad? En manera alguna, oh Emperador. Vos, enviando a todas las ciudades esta carta, decíais: ¡Ojalá pudiera resucitar a los muertos! De tanta humanidad necesitamos ahora, necesitamos estas palabras. No esclarece tanto a los reyes el vencer enemigos, cuanto el dominar el ánimo y vencer la ira, porque allí el trabajo lo llevan las armas y soldados, pero aquí el trofeo te corresponde, a ti la gloria. Habéis vencido el tumulto de los bárbaros, venced también el ánimo regio: sepan todos los infieles que el temor de Cristo puede refrenar todo poder. Glorificad a vuestro Señor perdonando a los consiervos los pecados, para que El mismo os florifique, para que acordándose de vuestra clemencia os mire en el día del juicio con ojos benignos y tranquilos. Estas y muchas más cosas dirá, y nos arrebatará completamente de la ira.

Mas no solamente tenemos un muy poderoso auxilio para persuadir al Emperador en este ayuno, sino también para sobrellevar generosamente todas las desgracias, porque de este tiempo sacamos consuelo y no el menor. Porque el estar cada día congregados, y el disfrutar oyendo las divinas Escrituras, y el vernos mutuamente y lamentarnos, y orando, y recibiendo la bendición, irnos así a casa, esto nos quita mucho dolor. Así, pues, no nos arrastraremos, ni nos traicionemos por causa de la ansiedad, sino permanezcamos esperando bienes, y apliquemos la atención a lo que se ha decir, porque quiero también hoy hablar otra vez del desprecio de la muerte.

Díjeos ayer que tememos la muerte, no ciertamente porque sea terrible, sino porque no nos abraza el amor del reino de los cielos, ni el temor del infierno nos ha dominado y además porque no tenemos

buena conciencia. ¿Queréis que haga conmemoración de una cuarta causa de esta ansiedad importuna, y no menos verdadera que las antedichas?— No vivimos con la austeridad conveniente a Cristianos, sino que gustamos de la vida fácil, suelta y muelle, y verosímilmente por esto nos recreamos con las cosas presentes.

DE LA MACERACIÓN NACE EL DESEO DEL CIELO. Porque si de veras viviésemos esta vida en ayunos, vigiliias y poca comida, recortando nuestras absurdas concuscipencias, moderando los placeres, aguantando las penalidades de la virtud, a imitación de Pablo corrigiendo nuestro cuerpo y obligándole a servir (I CORINTIOS, 9-27), no secundando los deseos de la prudencia carnal, siguiendo la estrecha y escarpada senda, pronto deseearíamos los bienes futuros, apresurándonos por vernos libres de los presentes trabajos.

Y que no es falaz nuestro discurso lo verás: sube a la cumbre de los montes, mira allí los monjes moradores vestidos de saco, cilicios, cadenillas, que ayunan, y están encerrados en tinieblas, y los verás a todos deseando la muerte, a la que llaman descanso. Pues como el que lucha con cestones se apresura a salir del estadio, por verse libre de heridas, y el atleta desea que los espectadores se pongan de pie para verse absuelto del trabajo, así también el que vive con austeridad y rigidez por la virtud, desea la muerte, para que sea arrebatado de los presentes trabajos, para que pueda contar con las coronas ganadas; navegando al puerto tranquilo, y transmigrando allá donde ya no es de temer el naufragio. Por esto naturalmente nos deparó Dios vida trabajosa y molesta, para que empujados por el malestar presente, apetezcamos lo venidero. Porque si habiendo tantas tristezas, y peligros y temores, y afanes que nos envuelven por todas partes, tan a gusto nos estamos en la presente vida, de no haber nada de esto, y si la vida hubiera de estar sin tristeza y calamidades, ¿cuándo jamás apeteeceríamos los bienes futuros?

4. Así también lo hizo Dios con los judíos. Pues queriendo infundirles el deseo de regresar y moverlos a odiar a Egipto, permitió que trabajasen en labores de adobe y ladrillo (EXODO, 1-14), para que atormentados con la grandeza de los trabajos y miseria, acudiesen a Dios pidiendo el regreso. Pues que si una vez salidos, aunque habían pasado estas cosas se acordaron otra vez de Egipto y de la servidumbre primera, y se apresuraban a volver a tan grave tiranía (EXODO, 16-5); si no hubiesen tenido experiencia en los bárbaros egipcios, ¿cuándo jamás hubieran pensado en abandonar la tierra extraña?

Pues también para que nosotros, apegados a la tierra y anhelosos de lo presente, no empecemos, Dios nos ha hecho trabajosa la vida, para que no olvidemos la futura.

Por tanto, no nos abracemos con la vida presente más que lo imprescindible. ¿Qué utilidad tenemos? ¿Y que provecho de la excesiva codicia de la presente vida?—¿Quieres que te diga por qué es un bien la vida presente?— Porque se nos ha hecho materia de vida futura, y ocasión y estadio para conseguir allí coronas, pues si no nos diera esto sería más miserablemente que mil muertes. Porque si viviendo no hemos de agradar a Dios, mejor es morir. Porque ¿qué hay de nuevo? ¿Qué más hay? ¿No vemos siempre el mismo sol y la misma luna? ¿No el mismo invierno y el mismo estío? ¿No los mismos negocios? *¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer* (ECLESIASTÉS, 1-9).

Así, pues, ni tengamos por dichosos a los que viven, ni lloremos a los que mueren, sino que lloremos por los que están en pecado, ya vivan, ya estén muertos; mas a los justos, doquiera estén, tengámoslos por felices. En realidad tú tienes miedo de una muerte y lloras, mientras que Pablo, muriendo cada día, no sólo no lloraba, sino que se alegraba y saltaba de gozo. Dice: ¡Ojalá que me viera en peligro por Dios, y nada cuidaría!

Mas ni ahora estés consternado, pues no tan sólo quien sufre por Dios *merece alabanza*, sino también *quien sufre algo injustamente y lo sobrelleva generosamente* y da gracias a Dios que lo permite, no es inferior al otro que sufre lo dicho por causa de Dios. Porque el bienaventurado Job recibió muchas e intolerables plagas del demonio, que le acometía en balde, con temeridad y sin causa; pero como las soporó generosamente, y dio gracias a Dios que las permitía, recibió corona completa.

LA MUERTE NO ES DE TEMER. No te entristezcas, pues por la muerte, que es cosa de naturaleza; entristécete empero por el pecado, que es daño de la voluntad. Y si sientes tristeza por los muertos, duélete también por los que nacen: tan natural es esto como aquello. Por lo tanto, si alguien te amenaza con la muerte, dile: Enseñado estoy por Cristo a no temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (MATEO, 10-28). Si te amenaza con la confiscación de la hacienda, responde: *“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella”* (JOB, 1-21). *“Nada hemos traído a este mundo, y sin*

duda, que tampoco podríamos llevarnos nada" (TIMOTEO, 6-7): y si tú no los quitares, los quitará la muerte que sobreviene, y si tú no matares, la ley de naturaleza traerá la muerte. Nada temamos, pues, de lo que nos viene por naturaleza, sino temamos lo que nos sobreviene por la mala voluntad: que éstas son las cosas que nos causan pena, y pensemos esto a la continua en *los sucesos inesperados* que nos pasan, que *no los remediamos doliéndonos* y dejaremos de dolernos, y además de esto, también esto otro: *si padecemos injustamente algo en la vida presente, deshacemos muchos pecados*.

Ahora bien: muy ventajoso es pagar aquí por los pecados, y no allí, porque aquel rico, el Epulón, nada molesto sufrió, y por lo mismo estaba allí atormentado. Y que era ésta la causa de que allí no gozase de alivio alguno, escucha lo que dice Abraham: "*Hijo acuérdate que recibiste bienes durante tu vida... tú, eres atormentado*" (LUCAS, 16-25) Y que por lo mismo a Lázaro se le han dado bienes, porque con fortaleza sufrió infinitas molestias, oye al Patriarca que también dice esto. Porque habiendo dicho al rico: "*recibiste bienes*" añadió: "*y Lázaro, al contrario, males, y así éste ahora es consolado*" Pues así como los que viven con fortaleza y atribulados tienen de Dios emolumento doble, así también quien vive en vicio y disfrutando delicias tendrá pena doble.

Otra vez repito no para acusar a los que huyen, pues dice el ECLESIASTICO, 4-3: "*No aflijas el corazón del desvalido*" (ECLESIASTICO, 4-3); queriendo no increpar, porque el enfermo está necesitado de consuelo, sino cuidando de enmendar: no busquemos nuestra salvación en la fuga; pero huyamos los pecados y alejémonos de la mala vía. Si esto hiciéremos, aunque nos encontremos entre innumerables soldados, nadie podrá dañarnos; mas si esto no hiciéremos, aunque hayamos subido a las cimas de los montes, allí encontraremos incontables enemigos.

Recuerda otra vez aquellos Tres Jóvenes que estaban dentro del horno, y que nada molesto sufrían, y que los que en el horno los habían echado y que estaban fuera del horno, todos cuantos estaban al derredor, todos fueron abrasados. ¿Qué cosa más admirable? A los que envolvía el fuego, los suelta; a los que no envolvía, los arrebató, para que adviertas que no el lugar, sino la cualidad de las costumbres, llenan la salvación o el castigo: los de dentro salieron, los de fuera quedaron abrasados. Los cuerpos eran lo mismo para unos y para otros; pero no el sentido; de ahí que los sufrimientos tampoco fueron

iguales. Como el heno, como esté cerca, aunque fuera, pronto se enciende; mas el oro, por el contrario, aun metido en el fuego, más resplandece.

5. ¿Dónde están ahora los que dicen: Llévasele todo el Emperador con tal que nos deje con vida y libertad? Aprendan al cabo que es quedar libre el cuerpo. Porque no hace libre al cuerpo la inmunidad del castigo, sino el vivir de continuo en justicia. Los cuerpos de los Tres Jóvenes libres estaban, por más que habían sido arrojados en el fuego, porque antes habían depuesto la servidumbre del pecado. Que ésta es la única libertad, no el huir del castigo, ni el no sufrir cosa molesta. Mas tú, oyendo hornos, acuérdate de los ríos de fuego de aquel día tremendo. Pues así como aquí en Babilonia a unos arrebató el fuego, pero a otros respetó, lo mismo sucederá en aquellos ríos, y si alguno tiene leños, heno y estopa, éste enciende el fuego; pero si tiene oro y plata, queda hecho más resplandeciente.

Amontonemos, pues, estos materiales, y soportemos con generosidad lo de ahora, sabiendo que de aquella pena nos libra la tribulación presente, si sabemos filosofar, y nos vuelve ahora mejores, y no sólo a nosotros, sino también a veces a los mismos que nos atormentan, si vigilamos; es tal la eficacia de esta filosofía que aun en el mismo tirano se dejó entonces sentir. Porque luego que vio que nada malo habían experimentado, escucha cuan mudado está: “*Siervos del Dios altísimo, dijo, salid fuera y venid*”. Pues ¿no decías poco hace: ¿y cual es el Dios que os libraré de mi mano?” (DANIEL, 3-93, 15).

—¿Qué ha sucedido? ¿De dónde tal mudanza? ¿Has visto abrasados a los que estaban fuera y llamas a los que están de pie dentro? ¿De dónde te ha ocurrido meditar así?

¿Has visto qué gran mudanza en el rey? Cuando aún no los había detenido, blasfemaba; mas luego que los echó al fuego, filosofa. Por esto también Dios permitió que se hiciera todo cuanto quiso el tirano, para demostrar que a los que El guardó no hay quien pueda dañarlos.

Lo mismo que hizo con Job, lo mismo hizo también aquí. Pues allí permitió que el diablo ostentase toda su potencia, y después que tiró todas sus saetas y cuando no le quedó medio ni asechanza por probar, entonces sacó del estadio al púgil, para que fuese más esclarecida e indudable la victoria: aquí hizo otro tanto. Quiso destruir su ciudad, Jerusalén, y no lo prohibió; quiso llevarlos cautivos, y no lo impidió; quiso atarlos, lo concedió; echarlos en el horno, lo permitió; encender extraordinariamente las llamas, y lo permitió, y cuando

nada había quedado que desear, y el tirano había agotado toda su fuerza, entonces manifestó Dios su poder y la paciencia de los Jóvenes.

¿Ves, por tanto, que Dios permitió las tribulaciones hasta el fin, para demostrar a los que ponían asechanzas tanto la virtud de los perseguidos, como la providencia de Dios? Ambas cosas aprendió entonces el que clamaba: “*Siervos del Dios, salid fuera y venid*” (DANIEL, 3-13).

Más tu reflexiona conmigo la magnanimidad de los Jóvenes, pues no salieron antes de mandato, para que nadie pensara que habían tenido miedo del fuego; ni una vez llamados permanecieron dentro, para que apareciesen como ambiciosos y contenciosos. Como si hubiesen dicho: Después que has aprendido cuyos servidores somos, después que has conocido a nuestro Señor, ahora salimos, estando todos presentes, los que seremos pregoneros del poder divino. Aún más, no sólo ellos, sino hasta el enemigo con su propia voz y lengua por medio de cartas predicaba a todos ya la constancia de los púbiles, ya el poder del juez del certamen. Y como los pregoneros, que en medio del teatro proclaman a los atletas triunfadores y dicen las ciudades de los mismos: fulano, de tal ciudad; lo mismo aquí, pero en lugar de la ciudad, se anunció y pregonó el Señor de ellos: *Sidrach, Misach y Abdemago, siervos de Dios altísimo, salid fuera y venid* (DANIEL, 3-93).

Pues ¿qué ha pasado, para que los haya llamado servidores de Dios? ¿Pues no eran servidores tuyos? –Pero, dice: Han destruido mi reino, han pisoteado mi soberbia, con las obras han demostrado quién es el verdadero Señor de ellos, si hubieran sido servidores de hombres, no se habría espantado el fuego, no habrían cedido las llamas: porque a los servidores de hombres no respetan ni honran las criaturas inconscientes. Por esto dice otra vez: “*Bendito sea el Dios de ellos, el Dios de Sidrach, Misach y Abdemago*” (DANIEL, 3-95).

Mas tú contempla conmigo cómo predica al primer remunerador: *Bendito sea el Dios de ellos, el cual ha enviado su ángel y ha librado a sus siervos* (IBIDEM). Esto del poder de Dios: canta además la virtud de los atletas. *Que creyeron o confiaron en El, y pospusieron el mandato del rey, y sacrificaron sus cuerpos por no servir o adorar a otro Dios alguno fuera de su Dios* (IBIDEM).

Y ¿qué puede compararse con la virtud? Cuando antes dijeron: *No daremos culto a tus dioses* (DANIEL, 3-18), se encendió el rey más que

el horno; pero cuando por las obras lo demostraron, no sólo no se indignó, antes bien, alabó y admiró que no le hubiesen obedecido. Es tanto el bien de la virtud, que a los mismos enemigos tiene por admiradores y alabadores. Ellos lucharon y vencieron, y él vencido, daba gracias porque no los había aterrorizado al ver las llamas, sino que los había consolado la esperanza en Dios, el Señor, y llámale Señor del orbe de la tierra por los Tres Jóvenes, sin limitar su imperio con ninguna frontera, sino como si los Tres Jóvenes fuesen como el orbe de la tierra: de ahí, que pasando por alto a tantos tiranos, reyes y príncipes, que le habían obedecido, admiró, a los tres cautivos, que habían menospreciado su tiranía. Pues no lo hacían por contradecir, sino por ejercitar la virtud; no por arrogancia, sino por religión; no hinchados de soberbia, sino abrasados de celo. Porque es un bien grande esperar en Dios: lo que aun él mismo pagano advirtió y demostrando que ellos habían así salido de un peligro, inminente, proclamó: *“Porque confiaron en El”*.

6. Todo esto digo ahora, y entresaco historias en las que hay tentaciones, calamidades, iras de reyes e insidias, para que nada temamos, sino solamente el ofender a Dios. Porque también entonces se encendió el horno, estaba encendido; pero ellos lo menospreciaron y temieron el pecado, porque sabían que encendidos no habían de padecer cosa grave, mas obrando impiamente habrían de padecer horrores.

EL PECADO MISMO ES UN GRAN SUPPLICIO. Porque es un gran tormento el pecado, aunque no sea castigado; así como es el más grande honor y la mayor tranquilidad el vivir virtuosamente, aunque seamos castigados. Porque los pecados nos separan de Dios, como lo dice El mismo: *Vuestras iniquidades han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestros Dios, y vuestros pecados, le han hecho volver su rostro de vosotros* (ISAÍAS, 59-2), mas las penas nos conducen a Dios: porque dice: *“Nos darás la paz, porque todas nuestras obras tú nos las hiciste”* (ISAÍAS, 26-12).

Si alguno tiene una úlcera, ¿qué se debe temer, el pus o que el médico saje? ¿El bisturí o la comida destructiva de la úlcera? El pecado es la pus; la pena es el instrumento salúfero. Por tanto, así como el que tiene pus, aunque no esté sajado, tiene mal, y cuando no se saja está en mayor peligro, así el que peca, aunque no sea castigado, es el más miserable de todos, y entonces es sobre todo miserable, cuando no es castigado ni sufre nada molesto. Y como sucede a los que sufren del bazo y de hidropesía, cuando disfrutan de mesa abun-

dante y de bebida refrescante, y de platos delicados y sabrosos, entonces principalmente son los más miserables de todos, aumentado el mal con los placeres; pero si con hambre y sed, según las instrucciones de los médicos, están aumentados, tienen alguna esperanza de curación, así también los que viven en maldad si son castigados, tienen fundada esperanza; pero si con la iniquidad gozan de libertad y placeres, son mucho más miserables que los enfermos de hidropesía y que simultáneamente están dados a la crápula, y tanto más, cuanto mejor que el cuerpo es el alma. Por lo tanto, cuando veas algunos que cometen los mismos pecados, pero a los unos veas padeciendo hambre continua y males incontables, mientras los otros están borrachos, divertidos y crapulosos, ten por más felices a los que padecen graves males. Porque la llama del placer queda entredicha con estas calamidades y emigran para el futuro juicio y terrible tribunal llevando no pequeño consuelo, porque con las calamidades de esta vida expiaron muchos pecados.

SEGÚN COSTUMBRE HABLA CONTRA LOS JURAMENTOS. Pero baste ya de consolar: ya en lo restante es tiempo de pasar a la amonestación para evitar los juramentos y resolver la excusa que a los que juran parece ser fría e inútil. Porque cuando los acosamos, objetan que otros hacen lo mismo, y dicen: aquel y el otro juran. Digámosles, pues: —Pero aquel otro no jura.— Dios, no obstante, al juzgar hace comparación de aquellos que se portaron rectamente, porque los pecadores no ayudan a los que pecan con la comunicación de delitos; pero los que viven bien, condenan a los pecadores. Porque muchos eran los que no habían dado a Cristo de comer y de beber; pero en nada se ayudaron mutuamente: lo mismo que ni las cinco vírgenes hallaron venia unas de otras, sino antes que éstas, quienes se portaron rectamente, y éstas y aquellos fueron condenados y castigados.

Libres, pues, de esta necia excusa, no miremos a los que han caído, sino a quienes se portan bien, y cuidemos de sacar provecho de este ayuno. Y como muchas veces habiendo comprado un vestido, o un esclavo, o una hermosa vasija, hacemos memoria del tiempo, y mutuamente decimos: aquel siervo en tal fiesta solemne lo adquirí, el vestido lo compré en tal tiempo, así también, si guardamos esta ley, diremos: en tal Cuaresma me corregí de jurar; hasta entonces juraba, y con sólo haber oído una amonestación, me abstuve de pecar.

Pero la cosa es que las costumbres es difícil de corregirse.—También lo sé yo, y por esto me apresuro a producir en vosotros otra costumbre

buena y que provoque ganancia. Porque habiendo dicho, con dificultad desisto de la costumbre, trabaja por lo mismo en desistir, sabiendo ciertamente que si te impones la otra costumbre de no jurar, ya no tendrás necesidad de más trabajo. ¿Qué es más difícil, no jurar o aguantar todo un día el hambre y researse con la poca cantidad de comida y bebida? Ciertamente que ésto es más molesto que aquello, pero no obstante, es la costumbre una cosa tan fácil y expedita, que al llegar al ayuno, aunque sea uno mil veces invitado, y sea incitado a beber vino, a gustar cualquiera cosa no permitida por la ley del ayuno, preferirá sufrirlo todo antes que tomar comida prohibida; y esto no desagradándonos la mesa, y no obstante por la costumbre y por conciencia sobrellevamos y generosamente lo sufrimos todo. Pues ni más ni menos pasará con los juramentos, y como ahora, si alguien impone una necesidad la más grande, tú permaneces en observar la costumbre, así también entonces si alguno te provocare mil y más veces, no te apartarás de la costumbre.

7. Cuando, pues, hayas marchado a casa, háblalo a todos los domésticos, y así como a veces los que vuelven de un prado muchos cogen una rosa, o una violeta, o una cualquier otra flor y la llevan en la mano al volver, y otros, que del huerto van a casa trasladan ramas de los árboles cargadas de frutos, y otros de opíparos banquetes llevan para sus amigos y parientes los relieves de la mesa, así también tú, al retirarte de aquí, lleva la enseñanza a los hijos a la mujer, a todos tus allegados. Pues esta admonición es más útil que el prado, el huerto y el banquete: estas rosas jamás se marchitan, estos frutos jamás se pasan, estos platos jamás se echan a perder, y además de aquello el placer es temporal, mas de esto la utilidad es perenne, no sólo después que hayan sido acabados, sino también mientras se terminan y completan. Porque piensa lo que, es dejadas todas las demás cosas, públicas y privadas, hablar siempre de las leyes divinas, ya en la mesa, ya en la plaza, ya en las demás reuniones. Si a esto nos dedicamos, nada peligroso diremos, nada nocivo, ni pecaremos inconscientes; es más, amenazados de la tristeza, dedicándonos a hablar de estas cosas, podremos liberar el alma, desechada aquella preocupación por la cual solícitos nos preguntábamos mutuamente: ¿Si el Emperador habrá oído lo sucedido? ¿Estará irritado? ¿Y qué sentencia dictará? ¿Nadie ha habido que le haya rogado? ¿Y permitirá él que una ciudad tan grande y populosa sea totalmente arruinada? Estas y otras mil cosas parecidas dejándolas en manos de Dios, cuidemos tan sólo de sus

mandamientos: que así resolveremos también todo lo demás, y si entre nosotros hubiera siquiera diez que se hayan portado rectamente, en breve aquellos diez se harán veinte, los veinte cincuenta, los cincuenta ciento, los cientos mil, los mil toda la ciudad. Y así como con diez lámparas encendidas puede fácilmente llenarse de luz toda la casa, así en las obligaciones espirituales, con solo diez que hayan vivido rectamente, encenderemos por toda la ciudad una pira luminosa y que nos proporciona seguridad. Pues ni la misma llama material enciende siempre la leña próxima tanto como la llama del celo prendida en pocas almas de virtud, avanzando despacio, podrá llenar toda la ciudad. Concededme, pues, que me gloríe de vosotros, tanto en la presente vida como en el día venidero en que serán introducidos, los que tienen los talentos prestados: será para mí suficiente recompensa vuestra claridad, y si os viere vivir con grande piedad, todo lo he recibido.

Por tanto, haced lo que ayer advertí, y hoy diré y no cesaré: contra los que juran señalad una multa, una multa en dinero, que no haga o cause daños: estad preparados como para darnos una prueba de aprovechamiento. Pues he de empeñarme en alargar el discurso con cada uno de vosotros, terminado que éste sea, para que por la extensión de las palabras venga a dar con los enmendados; y si viere a alguno que jura, lo declararé a los enmendados, todos para que reprendiéndole, arguyéndole, corrigiéndole, pronto le hagamos libre de la mala costumbre. Porque es mejor que avergonzado aquí se corrija que no en aquel día públicamente, presente todo el mundo, ser confundidos y castigados, revelados a la vista de todos los pecados nuestros. Pero no; que ninguno de los oyentes de este recogido sermón aparezca allí con tanta vergüenza, sino que corrigiendo todos los pecados por las súplicas, de los santos padres, y enriquecidos con frutos copiosos salgamos de aquí con gran confianza, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual sea gloria al Padre con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VII

SUMARIO.— Advertencias y análisis de la Homilía VII.

1. Flor espiritual: Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por sólo el pecado.— Nada tememos tanto como el pecado.— Argumento de menor a mayor: los Tres Jóvenes de Babilonia.— Transición del discurso consolatorio al discurso homilético.— Toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación.—Tema.

2. Consolación encerrada en el tema o sentencia.—Dios hizo el cielo y la tierra para ti; te hizo imagen suya en el principado, puso al hombre en el paraíso, le dotó de alma racional e inmortal.— Dios siempre es bueno, cuando beneficia, cuando corrige y cuando castiga.

3. Las calamidades no son cosas indignas de la providencia de Dios, que hace como los padres con los hijos.— Benignidad amorosa de Dios con Adán.— Clemencia de Dios con él.

4. Adán, ¿dónde estás?— Dios a la vez que es Juez, es Médico y es Maestro.— Exhortación para evitar los juramentos.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Túvose esta homilía el día 11 de marzo, en jueves.

2.^a Insiste en que la tristeza sólo es útil para destruir el pecado.

3.^a Toda la Escritura es grandemente consolatoria.

4.^a Dios es siempre bueno: cuando premia, cuando beneficia, cuando reprende, cuando corrige, cuando castiga.

* * *

1. Mucho y de muchas cosas diserté ayer ante vosotros; pero de tantas cosas, ya que todas no os es fácil recordarlas, os ruego no olvidéis una principalmente: que *Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por sólo el pecado*, y esto nos lo ha manifestado por la experiencia. Doliéndonos y entristeciéndonos en la multa pecuniaria, en la muerte, en la enfermedad y en otras muchas molestias que nos suceden, no sólo no alcanzamos consuelo alguno, sino que aumentamos las molestias; pero si de los pecados nos dolemos y contristamos, disminuimos la magnitud del pecado, y lo que era grande, hacemoslo pequeño, y muchas veces de raíz lo borramos todo.

Acordaos de esto asiduamente, para que os doláis sólo por el pecado y por ninguna cosa más; y también recordad esto otro, que *el pecado introduce en nuestra vida la muerte y la tristeza, y es destruido a su vez por ambas cosas*; lo cual hemos demostrado antes más extensamente. Por tanto, nada temamos tanto como el pecado y la prevaricación. No temamos la pena, y la pena evitaremos; como los Tres Jóvenes aquellos no temieron el horno, y el horno evitaron; tales conviene que sean los servidores de Dios. Porque si estando educados en el Antiguo Testamento, cuando todavía la muerte no estaba mortificada, ni las bronceínas puertas quebradas, ni los cerrojos férreos rompidos, dieron muestras de tanta audacia contra la muerte, ¿qué excusa tendremos, o qué perdón nosotros, que habiendo conseguido tamaña gracia ni siquiera les igualamos en los grados de fortaleza ahora, cuando la muerte sólo es un nombre privado de realidad? Porque la muerte nada más es que un sueño, una salida, un traslado, un descanso, un puerto tranquilo, una liberación de perturbaciones, un desentenderse de los cuidados de la vida. Y aquí interrumpamos el sermón consolatorio, pues llevamos ya cinco días consolándoos y ya parece que somos molestos. Baste, pues, lo dicho para los atentos y que son adictos, más para los pusilánimes aunque a lo dicho añadamos muchas otras cosas, de nada aprovechará.

Y es tiempo ya de que tratemos de la exposición de las Escrituras, porque así como si no hubiésemos dicho nada de la presente calamidad alguno nos habría tachado de cruel e inhumano; así si de la misma hablamos siempre, con motivo nos motejará de pusilánimes. Por tanto, encomendando vuestros corazones a Dios, que puede hablar a vuestras almas y arrojar de los pechos toda tristeza, toquemos ahora la acostumbrada doctrina, máxime cuando toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación. Así, pues, aunque parece que nos abstenemos de consolar, de nuevo reincidimos en el mismo asunto por la exposición de las Escrituras. Y que para los que aplican la atención es consolación toda la Escritura, ahora mismo os lo haré patente. Pues no, recorriendo la historia de las Escrituras, pondré empeño en buscar algunas palabras consolatorias, sino que para hacer mas convincente la demostración de mi promesa, hoy voy a tratar sobre el libro leído, y si se quiere, del principio y proemio del mismo, que sobre todo parece no contener ni vestigio siquiera de consolación; pero que exponiendo con claridad lo que está del todo ajeno de palabras de consuelo, hará manifiesto lo que digo. Y ¿cuál es este proemio?

“En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo”. (GÉNESIS, 1-1-, 2). ¿Es que a algunos de vosotros les parece que esto encierra algún consuelo de la tristeza? ¿Acaso no es una narración histórica y la doctrina de la creación?

2. ¿Queréis, pues, que demuestre la consolación escondida en esta sentencia? Atended, pues, y advertid con diligencia las cosas que se han de decir. Porque cuando hayas, oído que el cielo, la tierra, el mar, el aire, las aguas, las muchas estrellas, los dos grandes luminares, las plantas, los cuadrúpedos, los peces, y las aves, y en general todo cuanto se ve, Dios lo creó por ti, para tu salud, para tu honor, ¿no es cierto que sientes grande consuelo y que recibes esta máxima manifestación del amor de Dios, cuando piensas que tanto y tal mundo, tan hermoso y grande, y admirable lo creó Dios por ti, el pequeño? Así es que cuando hayas oído: *“En el principio crió Dios el cielo y la tierra”* no pases de ligero lo dicho, sino recorre mentalmente la grandeza de la tierra y recapacita que mesa tan regalada y abundante nos presentó, y que nos dio por todas partes mucho placer; y lo que es aún lo más grande, no en retribución de algunos trabajos, ni en premio de merecimientos dio tan grande y tal mundo, sino que juntamente nos hizo, y honró a nuestro linaje con este mundo, pues dijo: *“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”* (GÉNESIS, 1-26).—¿Qué es: *“A imagen y semejanza nuestra”*?— De la primacía dijo la imagen, para que así como en el cielo nadie hay superior a Dios, así sobre la tierra ninguno hay superior al hombre. Pues con esto solo primero le honró porque le hizo a su imagen; en segundo lugar, porque no nos dio el imperio en premio de los trabajos, sino que manifestó solamente la gracia de su benignidad; en tercer lugar, porque nos lo ha hecho natural. Porque los imperios son ya naturales, ya electivos: son naturales, como el del león sobre los cuadrúpedos, el del águila sobre las aves; de elección, como el de nuestro Emperador. Porque éste no manda a los consiervos por ley de naturaleza. De ahí que muchas veces se pierde el imperio, porque son tales las cosas que no están inhierentes a la naturaleza, que fácilmente admiten mudanza; pero no así el león, sino que naturalmente domina a los cuadrúpedos, así como también a la aves el águila. De modo que siempre con el género está conjunta la clase de reino, y nadie jamás vio que un león haya perdido esta primacía.

Tal imperio diónos desde el principio Dios, y nos puso al frente

de todas las cosas, y no adornó con sólo esto nuestra naturaleza, sino también por la prestancia del lugar, señalándonos por egregia habitación el paraíso y dándonos la razón y concediéndonos un alma inmortal.

DIOS ES BUENO NO SÓLO CUANDO HACE FAVORES, SINO TAMBIÉN CUANDO CASTIGA. Pero no me entretendré en estas cosas, porque yo afirmo ser tan grande la sobreabundancia de la divina dirección, que no tan sólo por las cosas con que nos honró, sino que también por las que nos castigó, igualmente podemos demostrar su bondad y benignidad. Y os exhorto a considerar con toda diligencia esto sobre todo: que *Dios no sólo cuando honra y beneficia, sino cuando corrige y castiga, es bueno de igual manera*, y sea que se nos promuevan luchas bien contra los gentiles, bien contra los herejes y disputas sobre la benignidad de Dios, demostraremos su bondad tanto por las cosas con que nos honró como por aquellas con que nos castigó. Porque si fuera bueno sólo cuando honra, y cuando castiga no lo fuese, sería bueno a medias; pero no es así, de ningún modo. Cierto que esto entre los hombres es verosímil, porque aplican las penas con furor y apasionamiento; Dios, empero, no estando sujeto a ningunas pasiones, ya beneficie, ya castigue, igualmente es bueno y no menos que el reino demuestra, manifiesta su bondad la amenaza del infierno, y os diré cómo se hace esto.

Si no hubiera amenazado con el infierno, si no hubiera preparado castigo, muchos no habrían podido conseguir el reino. Porque a muchos no mueve a la virtud tan eficazmente la promesa de premios, como la perspectiva de los castigos cohibe por temor y despierta a cuidar del alma. Así, pues, por más que el infierno es contrario al reino de los cielos, ambos se dirigen al mismo fin, a la salvación de los hombres, éste, desde luego, atrayendo con aliciente; aquel, empero, compeliendo hacia el cielo y corrigiendo por el temor a los más negligentes.

3. Y no en balde prolongo este discurso, sino porque a veces al sobrevenir hambre, sequías, guerras, inminente ira del rey y otras cosas de esta especie no previstas, muchos engañan a los más sencillos diciendo que estas cosas no son dignas de la providencia de Dios. Pues para que no estemos engañados, sino sepamos cierto que, ora mande hambre, ora guerra, ora otra cualquier cosa molesta, hace esto por benignidad y grande dilección, me he visto obligado a detenerme en este discurso. Porque también los padres, que aman como ninguno

a sus hijos, le prohíben comer en la mesa, y los flagelan, y los afrentan, y con mil otras cosas parecidas corrigen a los niños juguetones; pero con todo padres son, no sólo cuando honran, sino cuando hacen todo esto, y, sobre todo, son padres entonces cuando lo hacen.

Pues si los hombres, que muchas veces por furor o ira declinan de lo útil, no por crueldad e inhumanidad, sino por cuidado y amor a los que aman, se piensa que castigan; mucho más se debe sentir así de Dios, que por su infinita bondad excede a todo el amor de padre. Y para que no pienses que esto se ha dicho por conjeturas, ea, volvamos a la Escritura con el sermón.

Poco después que el hombre fue engañado y atraído por un ímprobo demonio, veamos de qué manera trató Dios al que había cometido tal crimen. ¿Acaso lo perdió del todo? Y en verdad que la razón de justicia lo exigía, que al que nada bueno había obrado, pero que había conseguido tanta benevolencia, y que ya desde los comienzos se rebelaba, fuese quitado del medio, fuese borrado por completo. Pero Dios no hizo esto, ni le abominó, ni aborreció, al que tan ingrato se había manifestado con el bienhechor, sino que vino a él, lo mismo que un médico a un enfermo. Y no pases de ligero lo dicho, carísimo, sino recapacita lo que es no haber enviado a un ángel ni a un arcángel, ni a algún otro de los consiervos de aquel, sino que el mismo Señor bajó al caído, levantó al que estaba en tierra, y solo al solo, como a un amigo infortunado y que estaba puesto en grande adversidad se acercó.

Y que hiciese esto por su grande caridad hasta las mismas palabras que le dijo, manifiestan su inefable amor. Y ¿qué necesidad hay de que repita yo todas las palabras?, puesto que ya en la primera sentencia demuestra al momento su amor. Porque no dijo: Oh tú, malvado e infelícísimo; habiendo gozado de mi benevolencia, honrado con tal alta dignidad de rey, puesto al frente de todo lo visible, sin mérito alguno tuyo, logrado prendas de mi solicitud y verdadera prueba de la providencia, has juzgado más digno que a tu Señor y tutor, a quien confiarte, al demonio malvado y pestífero enemigo de tu salvación? ¿Pues qué es lo que él te ha dado, como yo? ¿No crié el cielo por ti? ¿Y la tierra, el mar, el sol, la luna y todas las estrellas? Porque los ángeles no necesitaban de esta creación, sino que para ti, para tu solaz, hice mundo tal y tan grande; y tú, ¿has tenido por más dignas de crédito unas palabras, una falsa promesa, promesa llena de fraude, que las mismas obras recibidas de mi beneficencia y providencia, y te le has entregado y has pisoteado mis leyes?

CLEMENCIA DE DIOS CON EL PRIMER HOMBRE. Porque estas y muchas otras cosas era natural que dijese el ofendido, mas no así sino todo lo contrario dice Dios. Ya desde la primera palabra lo animó, y al que estaba aterrado y tímido, y temeroso le dio confianza, llamándole El primero: aún más, no sólo llamándole primero, sino llamándote por el nombre propio y diciendo: "*Adán ¿dónde estás?*" (GÉNESIS, 3-9)., manifestó su amor, y su grande solicitud acerca del mismo. Pues ya todos sabéis que esto es indicio de legítima amistad. Acostumbraron hacer esto los que recuerdan a los muertos, pronunciando con frecuencia los nombres de ellos: como a su vez los que aborrecen y sienten enemistad para con algunos, ni toleran pronunciar los nombres de quienes les han lesionado. Por eso Saúl, sin haber padecido de David injuria alguna, pero habiendo maquinado muchas y muy grandes injurias contra él, después que le tenía aversión y odio, no soportaba siquiera pronunciar su nombre, sino que estando todos sentados a la mesa, después que vio que no había acudido, ¿qué dijo? No dijo ¿dónde está Davia?, sino "*¿dónde está el hijo de Jessé?*" (I REYES, 20-27), llamándole por el padre. Y otra vez los judíos hacen lo mismo con Cristo, pues como le tenían aversión y odio, no dijeron dónde está Cristo, sino "*dónde está aquel*". (JUAN, 7-11).

4. Mas Dios, queriendo aún en esto demostrar que ni el pecado había extinguido el amor, ni la desobediencia había quitado su benevolencia para con él, sino que todavía tenía providencia y cuidado del caído, dijo: "*¿Adán, dónde estás?*", no por ignorar dónde vivía, sino porque a los que han pecado se les ha cosido la boca, quitándoles el pecado la lengua, y frenándola la conciencia, y están estúpidos, forzados por el silencio como por un dógal. Queriendo, pues, Dios provocarle a tener confianza y libertad de hablar, y conducirlo a limpiarse de los males que había el hombre antes admitido, para que consiguiese alcanzar algún perdón, llámole El primero, cortando con la llamada gran parte de la ansiedad, y alejando el temor, y abriéndole la boca con llamarle. Y por esto decía: "*Adán ¿dónde estás? Te dejé en otra parte, dice y te encuentro ahora en está; te dejé en confianza y gloria, y ahora te encuentro en confusión y silencio.*"

Mas pondera la solicitud de Dios: no llamó a Eva, no llamó a la serpiente, sino al que de todos menos había pecado a éste, llama primero a juicio, para que empezando por él, que podía merecer alguna venia, también contra la que había pecado mucho, diera una sentencia más suave.

También los jueces a sus consiervos, que tiene con ellos la misma naturaleza participada, no se consienten examinar por sí mismos, sino que envían un ministro intermedio, al que mandan hacer al reo las preguntas judiciales, y por medio del mismo comunican y reciben todo cuanto quieran, mientras examinan a los reos; mas Dios no tuvo necesidad de intermediario alguno para con el hombre, sino que él por sí mismo juzga y consuela. Y no es esto solamente de admirar, sino que corrija los delitos. Porque los jueces en teniendo a los ladrones y sacrílegos, no consideran como los volverán mejores, sino en cómo les impongan las penas de los delitos; Dios empero, al contrario, habiendo dado con un pecador, no considera cómo tomar castigo, sino cómo le corrija, y le haga mejor y para lo futuro inexpugnable. Así, pues, a la vez es juez y médico, y maestro Dios, porque como juez examina, y como médico remedia, y como maestro enseña y a los que habían prevaricado los induce a toda disciplina.

Ahora bien: si una sola y breve palabra os ha mostrado la solicitud de Dios, ¿qué sería si os leyésemos todo el juicio y os explicáramos todos los documentos? ¿Ves cómo toda la Escritura es consolación y exhortación? A su debido tiempo diremos esto: antes empero que esto es necesario que digamos cuando fue dado a luz este libro; que no fue al principio, no inmediatamente después de Adán se escribieron estas cosas, sino después de muchas generaciones, y es cosa de preguntar por qué después de muchas generaciones, y además por qué sólo para los judíos y no para todos los hombres, y por qué en lengua hebrea y en el desierto de Sinaí. Pues que el Apóstol no pasa de ligero este lugar, sino que con él nos presenta una gran contemplación, diciendo así: *“Porque estos dos son los dos testamentos, el uno dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos”* (GÁLATAS, 4-24).

LA ACOSTUMBRADA EXHORTACIÓN PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. En verdad también otras muchas cosas sería necesario preguntar; pero estoy viendo que el tiempo no nos consiente que entremos con el sermón en tan vasto piélagos; por esto dejadas para tiempo oportuno estas cosas, os hablaremos otra vez de la abstinencia de los juramentos, y os pediremos que pongáis en esto gran cuidado. Porque, ¿cómo no será absurdo que el siervo no se atreva a llamar al señor por su nombre, y sin poner delante la nota de honor: señor, don, mientras que al Señor de los ángeles con temeridad y desprecio lo arrastra por doquiera? Y si el Evangelio debes tomarlo con pureza en las manos, y lo tomas con mucha reverencia y piedad, con temor y temblor, ¿por

qué con tu lengua temerariamente con frecuencia maltratas al Señor del Evangelio? ¿Quieres saber cómo le llaman las Virtudes en los cielos, con cuánto temblor, con cuanto horror con cuánta admiración? “*Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado. Alrededor del solio estaban los Serafines... y con voz esforzada, cantaban a coros, diciendo: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria*”. (ISAÍAS, 6-1, 2, 3). ¿Has visto con cuánto temor, con cuánto horror le nombran para glorificarle y alabarle? Pero tú ciertamente en las preces y súplicas le invocas con mucha tibieza, cuando era necesario horrorizarse, y vigilar, y ser sobrio; pero al jurar, cuando había que ni siquiera mentar el nombre admirable, añades y juntas unos con otros los juramentos. Pues, ¿qué perdón, qué excusa tendremos, aunque mil veces pongamos por delante la costumbre?

Cuéntase que uno de los oradores no cristiano, en fuerza de una mala costumbre al andar movía el hombro derecho constantemente, mas con todo venció la costumbre, púsose en ambos hombros puntas aceradas para corregir por miedo a los pinchazos el miembro que se movía tontamente: haz tú esto con tu lengua, y ponle en vez de punzante espada el temor de la pena divina, y ciertamente vencerás. Porque es imposible, lo repetiré, es imposible que los que esto meditan, cuidan y practican sean jamás vencidos.

Alabáis ahora lo dicho, pero cuando os hayáis enmendado, más alabaráis, no a mí, sino a vosotros mismos y con mayor placer oiréis lo que se dirá, e invocaréis a Dios con pura conciencia, a Dios, que tanto te respeta, que dice: “*Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza*” (MATEO, 5-36); mas tú tanto le menosprecias, que hasta por su gloria juras.

—Y ¿qué haré, preguntará alguien, contra aquellos que imponen necesidad?—Oh hombre, ¿cuál necesidad? Sepan todos que tú prefieres padecer todos los males, antes que quebrantar la ley de Dios, y desistirán de ponerte en necesidad. Puesto que no es el juramento lo que hace al hombre digno de ser creído, sino el testimonio de la vida, la conversación prueba, el alma buena; muchas veces los que juran fueron descubiertos y nada persuadieron; otros empero, que sólo hacían señal de anuencia, fueron tenidos por más dignos de fe que los que mucho juraron.

Teniendo, pues, sabidas todas estas cosas, poniendo ante lo ojos la pena establecida para los que juran y perjuran, abstengámonos de la

mala costumbre, para que pasando de esto a las restantes obras de virtud, consigamos los bienes futuros; que a todos nosotros sean dados, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo se de la gloria, el imperio, el honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.